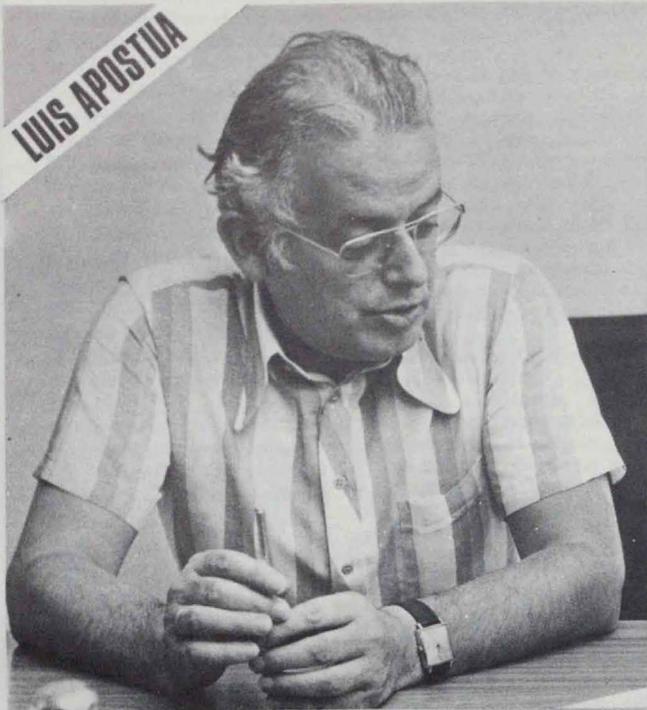


LUIS APOSTUA



Luis Apostúa es quizá el decano de los comentaristas políticos españoles, desde su tribuna en el diario YA. Las connotaciones conservadoras y episcopales —es decir, vaticanistas— de este órgano de prensa no necesitan ser subrayadas, como heredero del viejo EL DEBATE y todo lo que éste significó. Luis Apostúa se autocalifica hombre de derechas, y quizá habría que aplicarle el término con el que él mismo define a Silva Muñoz, tan ligado a la «santa casa» a través del cardenal Herrera Oria: derecha «evolutiva». A su importancia obvia como portavoz político del periódico cabecera de la Editorial Católica —sede de los «tácticos», como antes lo fuera de los políticos nacional-católicos representados por Ibáñez Martín y Martín Artajo, y aún antes de los políticos de la CEDA, salidos todos de la Asociación Católica de Propagandistas—, Luis Apostúa une su experiencia en puestos directivos de periódicos de la cadena, como HOY de Badajoz y ahora YA. Su acento descubre al extremeño del sur, ya andaluz casi. Tras superar los rigurosos controles a la entrada del periódico, y provistos de una aparatosa tarjeta de identificación, que hubo que canjear por el carnet de identidad, comienzan las preguntas. Es difícil y a la vez fácil, entrevistar a un profesional de prensa.

LA ILUSTRACIÓN REGIONAL.—
¿Qué acontecimientos destacaría en este año tan pródigo en ellos?

LUIS APOSTÚA.—Parece que todos tienen una idea fija sobre la importancia de la enfermedad de Franco como punto de inflexión político; yo pienso que significó menos de lo que la gente se cree. Las razones para mantener esta opinión es que en ningún momento Franco dejó de tener el verdadero poder. En esas circunstancias, el que el Príncipe pasara a primer plano habría sido simplemente una transferencia de funciones ceremoniales.

L. I. R.—*¿Por qué?*

L. A.—Franco nunca dejó la Jefatura Nacional del Movimiento, como lo demuestra el hecho del nombramiento de Utrera y de Pita como consejeros nacionales por designación directa en un período en que el Príncipe ejercía como Jefe del Estado. Además, me parece que sólo hubo un consejo de ministros que no presidiera Franco. Por todo eso, está claro que su enfermedad no tuvo tanta importancia política como se dijo.

L. I. R.—*Sin embargo, los acontecimientos han surgido a torrentes...*

L. A.—Bien, pero esos acontecimientos hay que clasificarlos. Los de primera importancia son los que se refieren a la Jefatura del Estado, y de esos prácticamente no ha habido. Los de segunda importancia son los que afectan a la política del gobierno, que son los que han sido abundantes. Creo que el más grave es el del Sahara, porque en él sólo somos coprotagonistas, y hay que contar también con lo que hagan Marruecos, Mauritania, el tribunal de La Haya, la ONU, los mismos saharauís, etc. Y esos son factores que escapan por completo al control de Madrid.

L. I. R.—¿Y en el interior?

L. A.—Otro grave problema no es el del orden público, a pesar de la ETA o del FRAP. Creo que el segundo problema importante es el de las asociaciones políticas, porque es una operación muy complicada, que ya fracasó en 1969. Recordemos que en julio de 1969 el Consejo Nacional del Movimiento aprueba por unanimidad el estatuto de asociaciones que propone Solís y, en diciembre del mismo año, los mismos consejeros aprueban todo lo contrario.

mo, demo-cristianos, conservadores, etcétera. No somos diferentes en eso.

L. I. R.—¿Para qué, entonces, las asociaciones de cara al país real?

L. A.—El planteamiento asociativo creo que de alguna manera debiera ser hecho como desarrollo legal del artículo 16 del Fuero de los Españoles, mediante una ley votada en Cortes que crease un auténtico derecho subjetivo para todos los españoles. En cambio, se ha tomado el camino contrario, que fue darle

amplia que la que puede ofrecer el Movimiento, es decir, la que pudiera dar ese artículo 16 del Fuero de los Españoles si se desarrollase. No olvidemos que el Fuero de los Españoles nace tras la caída de Berlín a manos del Ejército Soviético, cuando la victoria de los aliados ya es inminente. Entonces el Régimen promulga este texto que creo es de inspiración democrática, pero al cual no se le ha dado un desarrollo concreto: resulta una especie de nebulosa, en donde se enuncian todos los derechos, pero en la práctica no se concretan.



L. I. R.—¿Cuál es el objetivo de las asociaciones?

L. A.—La operación asociativa no tiene por objeto representar a las fuerzas reales del país, sino a las familias o grupos políticos del movimiento.

L. I. R.—En su opinión, ¿cuáles son las fuerzas políticas reales del país?

L. A.—Para sintetizar, exactamente las mismas que en cualquier país de Europa, con todos los viejos adjetivos de socialismo, comunis-

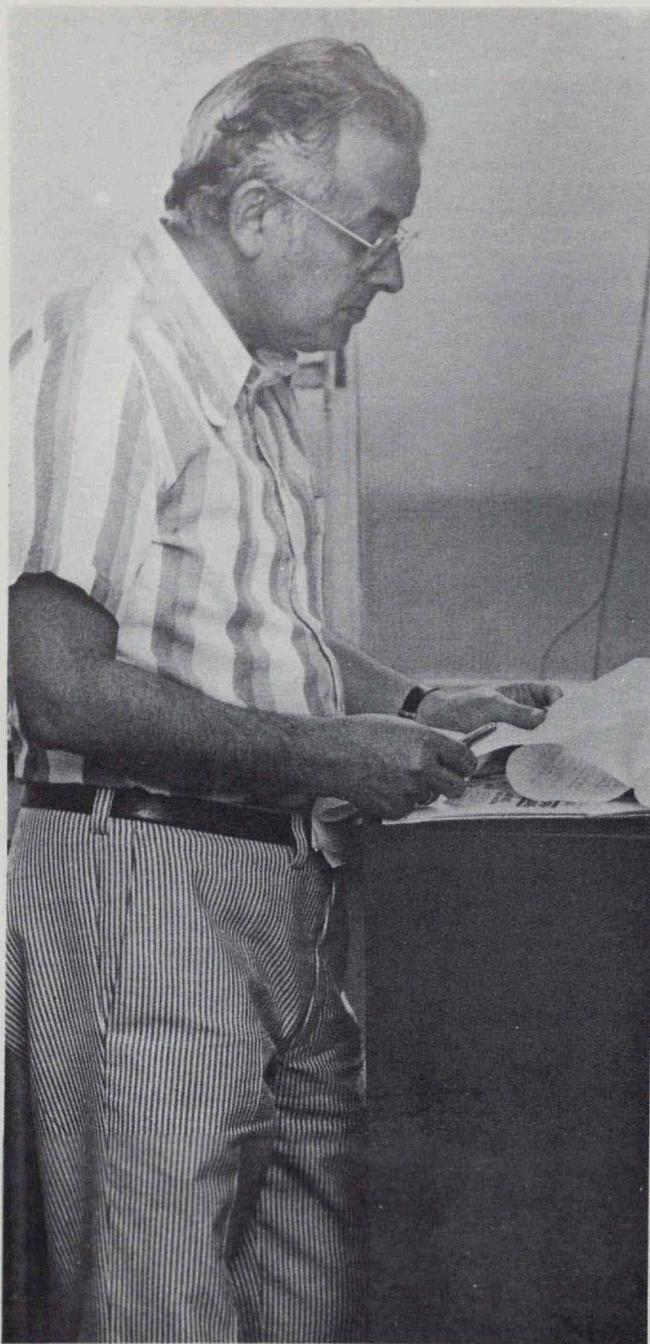
mo, demo-cristianos, conservadores, etcétera. Por una lógica completamente humana, los del Consejo Nacional del Movimiento han hecho asociaciones para ellos, para sus distintos grupos, pero no algo lo suficientemente amplio como para que quepan ahí todos los demás.

L. I. R.—¿Tan estrecho es el marco que grupos muy del régimen y de derechas de toda la vida se han instalado extramuros...?

L. A.—Creo que los «tácitos» y «fedisos» y el propio Fraga querían una reglamentación asociativa más

L. I. R.—Y, entonces...

L. A.—Creo que todo Régimen debe ser congruente consigo mismo. Aquí cabría repetir lo que decía Aranguren: que, primero, el Régimen sea lo que dice que es. Y el Régimen es esencialmente una dictadura constituyente, en la cual la plenitud de los poderes descansa en Franco. Eso lo dice la Ley Orgánica, no yo. Por consiguiente, en el Régimen tenemos que considerar lo que es ahora, una dictadura personal y constituyente, de lo que pueda ser después, porque la gran diferencia entre Franco y el futuro rey es que



el rey no tendrá poderes personales, o muy escasos. Por ejemplo, el rey no podrá legislar por sí mismo, no podrá crear nuevas instituciones políticas, no podrá convocar elecciones sin el voto favorable de las Cortes y el Consejo del Reino y, por supuesto, del gobierno. Esto me lleva a pensar que la capacidad de cambio en manos del futuro rey no existe; que el rey será un prisionero de las leyes de Franco, guardadas por la clase política de Franco.

L. I. R.—Pero las leyes deben adaptarse a la realidad del país, ¿no?

L. A.—El problema de las leyes españolas es que han nacido en una España hambrienta, subdesarrollada, cerrada al mundo y traumatizada por la guerra, y se tiene que aplicar a un país en el cual el 72 por 100 de la población ya no ha conocido la guerra, el hambre está virtualmente erradicada por primera vez en toda la historia de España, y se tiene que aplicar sobre una clase social, la pequeña burguesía y capas medias, inexistente cuando esas leyes se promulgaron. La otra diferencia es que esas leyes tienen que ser aplicadas cuando ha nacido un proletariado que tiene perfecta conciencia de su fuerza.

L. I. R.—Entre tanto, todos los ojos se vuelven hacia el Ejército...

L. A.—Mirar al Ejército es un vicio nacional, como leer el «ABC». Pero en este caso, se trata de una cuestión fundamental para el país, y personalmente la única esperanza que tengo es que sea el Ejército el factor de democratización no revolucionaria. Es decir, que sea el Ejército quien ampare y controle el cambio, en dirección democrática. La verdad es que me resisto a creer que en España cambie todo y no cambie nada. Lo que pienso es que ni el Ejército actual ni el futuro permitirán ni la revolución ni el desorden público. En este sentido, creo que lo primero que deberían hacer los grupos de oposición es no ser antimilitaristas por dogmatismo.

L. I. R.—¿Cuál sería el balance de este curso?

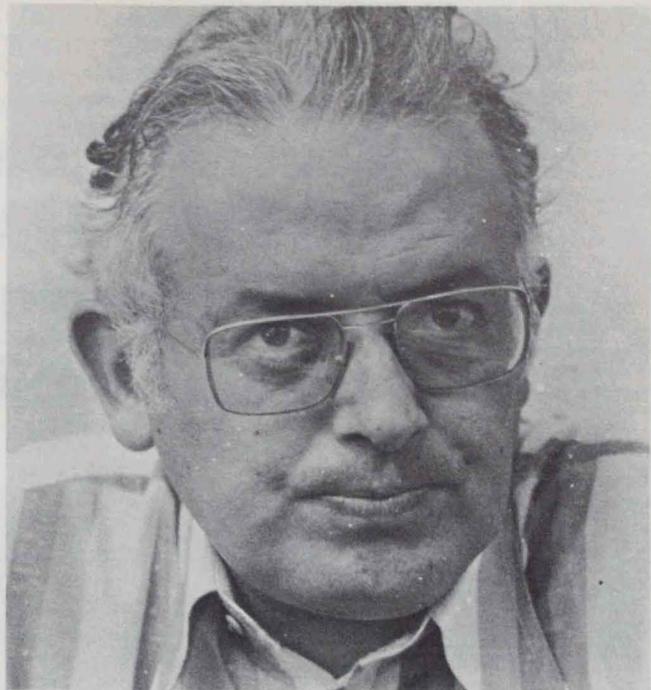
L. A.—Creo que lo más subrayable es que a nadie le ha salido bien nada de lo que pensaba. El gobierno ha tropezado con increíbles dificultades. El «bunker» no ha conseguido desmontar al gobierno, como era su objetivo. Las fuerzas políticas en el propio Régimen están más desunidas que nunca. La oposición no ha madurado como una auténtica alternativa de gobierno, por su propia desunión y porque ha planteado un esquema de difícil diálogo. Oficialmente, se necesitaría un período de calma, tras toda esta agitación, y es dudoso que la oposición se lo vaya a dar.

L. I. R.—¿Cuál ha sido el papel de la prensa en todo el proceso?

L. A.—Vengo diciendo desde hace cinco años que los periódicos estamos cumpliendo una misión que no es la nuestra, y esa misión es suplir el vacío de las instituciones políticas. Lo lógico es que en un país normal los discursos políticos importantes se pronuncien en las Cortes, y no salgan a luz pública en artículos de periódico. Por eso cuando Cristóbal Páez inventó la expresión «parlamento de papel» estaba más acertado de lo que él mismo suponía. Eso es lo que me lleva a pensar que en la prensa española de hoy hay más discusión que información. Yo mismo estaría dispuesto a discutir menos en los periódicos si se nos dejara informar más. No creo en la metáfora de los canales, calados y puentes de León-Herrera. Si una noticia es cierta, tenemos derecho a publicarla.

L. I. R.—En este contexto, ¿cuál es el papel de la prensa regional?

L. A.—Nunca he creído en las fórmulas apriorísticas. Es decir, no creo que una prensa tiene que ser más o menos buena si es nacional o regional. Cualquier prensa es buena si se adapta a su contorno real y a la misión que tiene que cumplir. La prensa regional es fruto de dos factores: de un proceso industrial de



concentración, y de un proceso ideológico de toma de conciencia de los habitantes de las regiones. En Andalucía, y dejando aparte publicaciones marginales y las de la prensa del Movimiento, resultado de un fenómeno monopolístico muy especial, en Granada el «IDEAL» ha tenido la enorme suerte de haber estado siempre muy bien dirigido y, por tanto no ha sufrido baches. «EL CORREO DE ANDALUCIA» lo conozco menos, aunque he seguido la aventura que tuvo con la Editorial Católica; creo que, a propósito de este tema, Alejandro Rojas Marcos estaba bastante equivocado. A sus periódicos regionales, la Editorial Católica les deja un enorme margen, no están teledirigidos desde Madrid, en mi opinión. En cuanto a «ABC» de Sevilla, lo que puedo decir de él es que tengo allí algunos buenos amigos personales.

L. I. R.—¿Algo más, Apostúa?

L. A.—Pensemos que nunca ha

sido tan grande en España el poder de la derecha como ahora, esa derecha a la que, con unas u otras connotaciones, pertenezco. Pensemos que, en consecuencia, la responsabilidad histórica de esa derecha es inmensa, total, puesto que es la única fuerza operante sobre el tablero político. El presente le pertenece y, previsiblemente, el inmediato futuro también porque, de hecho, la derecha será la gran heredera de esta época de paz. Pero existe otra serie de españoles —no quiero decir que exista otra España porque ese trágico verso de Machado es nuestra crucifixión nacional— hacia los cuales es menester tender un pacto de convivencia. Ya sé que es difícil, pero ¡qué hermosa tarea para esta generación! Repito, para esta generación.

(Declaraciones recogidas por Manuel PIZAN)

Fotografías de Jesús NUÑO)